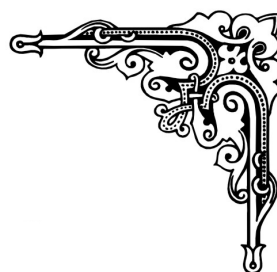
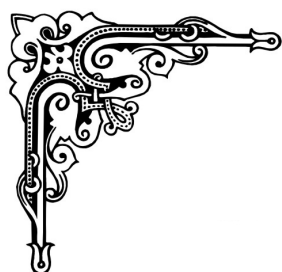


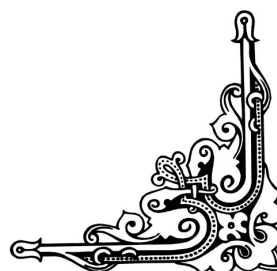
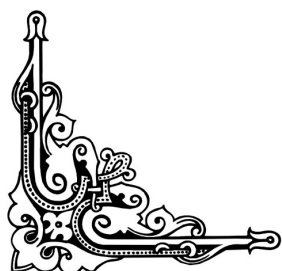


Consejo de Hermandades y Cofradías de Brenes
Pregón de la Semana Santa 2008
por Cristino Sánchez Vera



Presentación del Pregón 2008

a cargo de
D. Antonio Manuel Macías Gil
Pregonero de la Semana Santa de 2007





Consejo de Hermandades y Cofradías de Brenes

Ilustrísimo Señor Párroco y Director Espiritual de nuestras Hermandades.

Reverendo Señor Diácono.

Excelentísimo Señor Alcalde.

Ilustrísimas Autoridades,

Distinguido Señor Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías.

Distinguidos Hermanos Mayores de la Hermandades de Penitencia y Gloria.

Distinguidos Pregoneros.

Señoras y Señores.

Pregonero.

Apenas hemos acabado de celebrar la Natividad de nuestro Señor, cuando esta primavera adelantada, que oficialmente todavía no ha nacido, nos anuncia una explosión de colores, olores y sabores, todo ello mezclado con una externalización de los sentimientos, la devoción y la tradición.

En esta mañana, cofrades de Brenes, en que ya todo huele, todo sabe y todo suena a Semana Santa, que con su aroma, su sabor y su música, nos está llamando a todos los sentidos por la puerta secreta del corazón, para que dispongamos nuestro espíritu a gozar de las bellezas inexplicables e indescriptibles de nuestra gran Fiesta Religiosa. En este año en que el azahar no es el pregonero de nuestra fiesta mayor. Este año madrugador, que nos ha traído la cuaresma cuando apenas tendríamos que estar despidiéndonos de Don Carnal, hecha la limpieza y ventiladas nuestras almas con todo lo que ello significa, preparando nuestros corazones para esta semana de redención.

Una semana en la que nuestro pueblo vive apasionadamente los misterios de la Pasión y la Muerte de Cristo, adentrándose con esperanzas y ansias en la grandeza del cristianismo.



Porque como os dije en mi pregón, cada Viernes Santo cuando se cierran las puertas de este templo no nos vamos con pena, porque como sevillanos de arraigadas costumbres sabemos como termina esta Pasión, sabemos que termina con la Redención y con la Resurrección.

Porque sabemos que su mensaje nos acompaña durante todo el año, hasta que de nuevo llega esta primavera y nos trae otro Domingo de Pasión como antesala de lo que será nuestra Resurrección.

Porque nuestra Resurrección son las palmas del Domingo de Ramos, cuando Brenes abre sus puertas convirtiéndose en un nuevo Jerusalén.

Un pueblo que anhela el gozo y la alegría de la Resurrección del Señor desde que Jesús aparece triunfal sobre una borriquita, entre hosannas y alegre tropa de infantes nazarenos, al encuentro de los hombres a la conquista de una nueva redención.

El Consejo General de Hermandades y Cofradías me ha conferido el encargo de anunciar públicamente, cuando se cumplen cincuenta años que D. Antonio Bustos Rodríguez pronunciara el primer pregón, al que será este año el pregonero de nuestra Semana Santa, un cofrade comprometido que desgranará con emotivas palabras su pasión apasionada.

Y os ha convocado a vosotros, perpetuos amigos y enamorados de María y de su Hijo Nuestro Señor, para que con vuestra presencia y vuestro fervor, hagáis realidad este acto.

Y aquí estoy y aquí estamos. Para cumplir el encargo; para amarrar el pasado con el futuro; para recoger el legado de nuestros mayores y transmitirlo a quienes nos sucedan.



Aquí estamos como eslabones modestos, pero imprescindibles, de una cadena ininterrumpida de amores, devociones y de fervores que no deseamos romper.

Aquí estamos para proclamar nuestras verdades, que son las verdades del ayer, actualizadas por el transcurso de los años y que serán las verdades del mañana, que nuestros descendientes actualizarán al impulso que les marque las nuevas circunstancias.

Ni vosotros, ni yo, venimos a cumplir un simple protocolo, ni a cubrir un compromiso ritual.

Venimos a hablar de la verdad que a Dios gracias, abunda en nuestro corazón, porque nos sentimos legítimamente orgullosos de conocer y de saber las profundas raíces de nuestras más íntimas esencias.

Por eso nos encontramos hoy aquí reunidos, para escuchar el corazón de Cristino, un hijo adoptivo de este nuestro pueblo. Un paisano de la provincia que un día recaló por nuestras calles, y quedó prendado de una de las bellas flores que nacen en nuestro jardín.

De eso hace 20 años, media vida. Nació en Extremadura, pero se crió y creció en el vecino pueblo de Los Rosales. Hoy por hoy se considera un brenero más, y con muchas razones para serlo.

Un sevillano amante de nuestras tradiciones que llegó a este pueblo de la mano de la amistad, y que tras encontrar el amor decidió echar sus raíces y hacerlas germinar. Y supo hacerlo en el seno de una hogar devoto. Una familia con la que aprendió a respirar, sentir y vivir en Gran Poder.

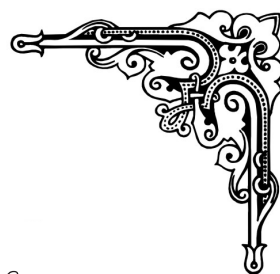
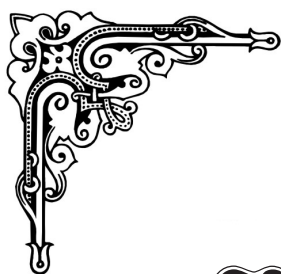


Siempre se ha caracterizado por ser un buen cofrade y colaborador, pero desde un segundo plano, hasta que en el 2005 decidió asumir la primera Secretaria de la que es su Hermandad.

Hoy está aquí para contarnos su verdad, para abrirnos su corazón de par en par, para emocionarnos con su palabra. Pero no podrá hacerlo desde un segundo plano.

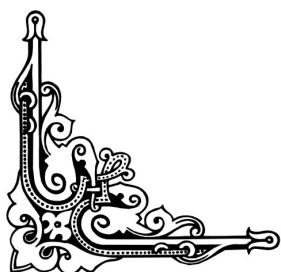
Creo que ha llegado el momento de que este atril lo ocupe el pregonero, el cofrade, la persona, y nos deleite con su verbo.

Tuya es la palabra pregonero.

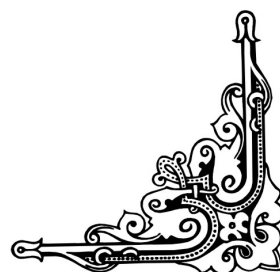


Pregón de la Semana Santa de Brenes

a cargo de
D. Cristino Sánchez Vera



9 de marzo de 2008
Domingo de Pasión





Oración de entrada

Me conoces tan bien, Señor, que hasta en la forma de mirarte adivinas lo que esconde mi corazón. Me conoces tan bien que a veces una simple mirada es más elocuente que la oración más sentida. Soy tan tuyo, Señor, que nada en mí te es ajeno, ni virtudes ni defectos, ni obras ni omisiones, ni glorias ni fracasos.

Cuántas veces me he acercado a ti cabizbajo por haberte ofendido, implorando tu perdón por haber agrandado el peso de tu Cruz. De cuántas maneras te he fallado, Señor. Y sin embargo, ningún reproche me hiciste cuando vine a ti arrepentido, porque tu bondad es infinita, como infinito es tu poder.

Pero esta mañana, Señor, es mañana de pregón, y vengo con el corazón henchido de alegría, dispuesto a proclamar tu nombre al viento, a liberarte del peso de la Cruz con un verso cirineo, a alfombrar tu camino de alabanzas, a cambiar por besos tus espinas.... y a dejar una ofrenda de piropos a los pies de tu Madre

*No estoy aquí, Señor, para pedirte,
vengo con el ánimo dispuesto
tan solo para servirte
con mi palabra y con mi gesto,
alabando tu grandeza
palpita mi corazón
y es tu bendito nombre
el que preside mi oración.
Hoy no vengo, Señor,
para hacer tu Cruz más pesada,
sino a aliviar con mi voz
el compás de tu zancada*



*y que el susurro de mi aliento
hecho plegaria enamorada
arranque las espinas
de tu frente coronada.
Te entrego Señor, con mis versos,
un corazón, que se sublima
y la esencia de mi Fe
escondida en una rima
para que sean cirineos
de esa Cruz que te lastima.
Pon hoy tu fuerza en mi voz
y perdona la osadía
de este humilde cofradiero
que en tus manos se confía
para ser tu pregonero.
A tus pies, Señor,
mi voz tengo postrada,
y mi alma pecadora,
conmovida y admirada,
se arrodilla suplicando
el favor de tu mirada,
dejándote como ofrenda
un ruego y una oración
para que sea tu amor
el alma de este pregón.
En tus manos me encomiendo,
te entrego todo mi ser,
hoy es tuya mi palabra,
mi Señor del Gran Poder.*



Consejo de Hermandades y Cofradías de Brenes

Reverendo Señor Cura Párroco y Director Espiritual de nuestras Hermandades y Cofradías.

Reverendo Señor Diácono.

Excelentísimo Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Brenes.

Ilustrísimas autoridades.

Distinguido Sr. Presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías.

Distinguidos Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno.

Admirados pregoneros de nuestra Semana Mayor.

Cofrades y hermanos todos en la Fe de Nuestro Señor Jesucristo y en la devoción a su Santísima Madre.

Se marchó de nuestros ojos un domingo de alegría y repiques de gloria, devolviéndonos a lo cotidiano después de habernos dejado el alma herida de amor con tres rejonos de fe y habernos sacudido el sentimiento en arrebató. Y mientras se alejaba por el horizonte del tiempo, volvió atrás la cabeza, esbozó una sonrisa, y envuelta en un beso nos lanzó al aire la promesa de volver mientras agitaba un pañuelo de bruma sobre el lecho de un Guadalquivir dormido.

Deshojando almanagues la fuimos echando de menos, ahogando su ausencia entre sorbos de añoranza y tardes de paseo por los rincones de la memoria. Hasta que un buen día, picó billete de vuelta y cumplió su promesa. Se abrió paso sigilosamente entre los últimos fríos de febrero buscando el abrigo de nuestros corazones. Encontró nuestras puertas abiertas y entró sin llamar, con la seguridad de quien sabe que llega a su casa. Y sin pedirnos permiso, en lo que tarda el invierno en vestirse de primavera, nos había llenado las calles de carteles anunciando cultos ordinarios de Reglas, nos había revuelto los armarios para pasar revista a túnicas y capas, nos había devuelto la mejor banda sonora al paso de una parihuela de ensayo, nos había perfumado el aire con aromas de miel caliente y de incienso temprano...



Había regresado pronto este año, pero para entonces ya la esperábamos impacientes. La Cuaresma, con su ceniciento y purificador saludo, se había hecho pronto hueco en nuestros corazones sin dar tregua al almanaque, avivando la llama nunca apagada de nuestro sentir cofrade, una llama que se mantiene siempre viva en cada uno de nuestros pensamientos, en el nombre que preside nuestras oraciones, en los cuadros que guardan nuestras cabeceras, en ese brillo que acude a nuestros ojos cuando hablamos de lo nuestro, en nuestra especial manera de contar el tiempo, en nuestro convencimiento de que, por más que se empeñe el calendario, nuestro año no comienza entre campanadas y uvas, sino con la Eucaristía de nuestras Funciones Principales de Instituto, porque no sabemos ser, ni queremos ser otra cosa que cofrades de Brenes.

Y ante vosotros, el pueblo cofrade de Brenes, comparezco en esta bonita mañana de vísperas con la sola intención de solicitar de vuestra benevolencia la venia para pregonaros la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Y lo hago embargado por la profunda emoción de quien ha recibido la mayor distinción que puede recibir un cofrade, pero con la responsabilidad de quien no se cree merecedor de tal honor y se sabe consciente de sus limitaciones. Una responsabilidad que se hace más patente cuando miro a mi izquierda y contemplo a mis antecesores en este privilegiado atril, muchos de ellos historia viva de nuestra Semana Santa.

No puedo por menos que agradecer a la Junta de Gobierno de la Hermandad del Gran Poder, mi Hermandad, la confianza que ha depositado en mi al nombrarme Pregonero de nuestra Semana Santa, y muy especialmente a su Hermano Mayor, "Rafalín", mi maestro de tantas cosas. Rafael, tu tesón, tu perseverancia y tu confianza en mi son los principales responsables de que hoy sea mi humilde palabra la depositaria de las llaves que han de abrir de par en par las puertas de esa particular protesta de fe cristiana que son nuestras cofradías en la calle.



Y también mi sincero agradecimiento para ti, Antonio Manuel, mi antecesor en menesteres pregoneros, por tus amables palabras, que reflejan un corazón tan grande y generoso como tu amor por nuestra Semana Santa. Y a vosotras, Cristina y Mari Loli, pacientes sufridoras de mis nervios y mi preocupación mientras este Pregón iba tomando cuerpo.

Desde aquí, mirándoos a los ojos, soy más consciente que nunca de la osadía de intentar atrapar con mis palabras la esencia de una Semana Santa que es tan vuestra y que está tan arraigada en los adentros de este pueblo que es difícil imaginarse uno sin la otra. No obstante, tengo la seguridad de que sabréis perdonar mi atrevimiento cuando intente poner en palabras, como si eso fuera posible, el sentimiento que nos embarga cuando llega la Cuaresma, o cuando se nos eriza la piel con ese "crujio" de madera que corta el aire cuando llama el capataz y la cuadrilla se pone en el palo y mete riñones con toda su fe hecha costal, o cuando el Señor Cautivo fija en nosotros su limpia mirada escudriñando hasta el último rincón de nuestro corazón impuro, o cuando el tiempo se detiene eternizando una salida imposible, o cuando manda silencio un golpe seco de cerrojo a la hora señalada, o cuando cruza el pentagrama del aire esa marcha que nos toca el corazón y nos devuelve a una Semana Santa de otro tiempo, o cuando el mismo incienso de siempre huele distinto al paso de nuestra Imagen, o cuando la plaza se estremece con un llanto de clarines un viernes de "recogía" mientras la Virgen de los Dolores cierra nuestra Semana con una promesa de Resurrección, o cuando una "levantá" a pulso se vuelve el más sentido homenaje para los cofrades que ya tienen su papeleta de sitio en la Gloria, o cuando un trocito de esa Gloria se empieza a saborear desde el mismo momento en que el Señor del Gran Poder posa sus cuatro zancos en los Cuatro Caminos dispuesto a abrirnos las puertas del Cielo entre Morales Gómez y Tabernas, o cuando un canasto dorado corta la respiración mientras la serena muerte del Cristo de la Vera-Cruz enfila la Calle Real, o cuando un palio de oro y plata avanza



valiente ante una marea de devoción que alfombra el camino de La Virgen de la Amargura.

Cómo podría yo atrapar en un verso tantos y tantos momentos que forman parte de la Semana Santa íntima que cada uno de nosotros tiene guardada en los cajones de la memoria, envuelta cuidadosamente en papel de seda y sentimiento. Cada uno de vuestros corazones cofrades lleva grabado su propio pregón, forjado a golpe de plegaria y chicotá, de promesa y devoción, pero sobre todo de Fe. A mi me corresponde hoy el impagable honor de ofreceros el mío, con la humildad de quien os reconoce como albaceas de un sentimiento que se transmite de generación en generación y como fieles custodios de un patrimonio cuyo verdadero valor no reside en la riqueza de nuestras Cofradías, sino en nuestro Amor a Dios y a su Santísima Madre y en la manera que tiene Brenes de poner de manifiesto ese Amor, ...

*Brenes guarda un tesoro
que duerme sueños de cera
arropado con encajes
de azahar y primavera,
acunado por la nana
de un "crujío" de madera
y el racheo de pisadas
con devoción costalera.
Brenes guarda un tesoro
entre varales de espera
y rumor de bambalinas
con dos nombres por bandera
de dos Madres, de dos Reinas,
de dos mujeres breneras*



*que sufren la misma pena
y la lloran de dos maneras.
Bienes guarda un tesoro
con cara de Madre amada
que en Dolores tiene auxilio,
en Amargura, abogada,
y en el pecho de las dos
el dolor de siete espadas.
Bienes guarda un tesoro
regado con tres amores,
tres manantiales de Fe
teñidos de tres colores,
tres estampas de Pasión,
tres Custodios protectores,
tres maneras de querer
a tres Cristos redentores.
En Cautivo lleva Dios
entre las manos atadas
el peso de una sentencia
de inocencia condenada
y un clamoroso silencio
rompiendo la madrugada.
En Gran Poder, una Cruz
en los hombros y una herida,
rondándole la zancada
la sombra de tres caídas
y un Amor en la mirada
que sólo en Él tiene medida.*



*y en Vera-Cruz una muerte
sobre el madero clavada,
desgarrada por tres clavos
y una certera lanzada,
y en el pecho una promesa
de vida resucitada.*

*Brenes guarda un tesoro
de capirote y costal,
de cirial y guardabrisa,
de cirio entero y codal,
de capataz y martillo,
de bambalina y varal,
de chicotás por derecho,
de costeros por igual,
de saeta en una esquina,
de incensario y de fanal,
de fe, plegaria y amor,
y de sentimiento inmortal.*

*Brenes guarda un tesoro
que no lo tiene cualquiera,
y el corazón de su gente
es la mejor sementera
para la mejor plegaria
y la Fe más verdadera,
el tesoro que refiero
trae olor a primavera,
se llama Semana Santa,
y Brenes es su tesorera.*



X me encontré contigo ...

Y qué deciros de mí. Bien sabéis que no nací brenero, pero como a uno de vosotros me tratasteis desde el primer día y como uno de vosotros me siento. Fui el fruto primogénito del amor de una abnegada madre devota de la Virgen del Carmen y de un esforzado Padre, que sin ser hombre de Santos ni de Iglesia, es mi referente en esta vida y más cristiano de lo que él mismo sabe. Viví mi niñez y mi adolescencia muy cerca de aquí, y fui educado en la Fe Cristiana desde niño, bajo la piadosa mirada del Santísimo Cristo de la Expiración que preside el Altar Mayor de la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima de Los Rosales. Pero nunca me palpitó el corazón de una manera especial al paso de una cofradía, hasta que vine a recibir un auténtico bautismo cofrade a las puertas mismas de este Templo, hace casi veinte años, porque yo, Señor, vine a encontrarme de frente contigo al revolver la esquina de una recién estrenada primavera.

El almanaque nos había regalado una Semana Santa temprana, marceña, como la que nos viene al encuentro y se vistumbra ya en el acelerado latir de nuestros corazones. El Sol parecía no querer marcharse todavía y con sus últimos rayos se aferraba al blanco perfil de la fachada del Templo tiñéndolo de tonos ocre y amarillos, mientras inexorablemente caía por detrás de la Calle Real, triste por no poder esperar para devolvarte el saludo ni besar tu rostro con su luz mortecina y enamorada.

Rondaban las nueve en el reloj del Ayuntamiento, y la Plaza era un hervidero de hombres, mujeres y niños en una tensa, pero ilusionada espera, que todavía me era ajena. La emoción se palpaba en los rostros de cuantos me rodeaban, y se apoderó también de mí en cuanto sentí por primera vez tu mirada en la mía. Tenía yo por aquél entonces casi la mitad de años y el corazón huérfano de cuaresmas. Era Jueves Santo, y me habían traído a verte ...



*Señor, no se si tu me buscabas
o fui yo quien te encontré,
si tu siempre me esperaste
o yo a tu puerta llamé.
No se si fue el destino
que nuestros caminos cruzó
o un poder que no adivino
el que ante ti me llevó.
Pero vine, Señor, y allí estaba,
uno más entre tu gente,
el gentío se agolpaba
en una espera impaciente,
el sentimiento corría
en fervoroso torrente,
y mientras te esperaba
me empapé de aquel ambiente,
y mi corazón latió
con un compás diferente
apenas te vi, Señor,
 viniendo hacia mi de frente,
poderoso, pero humilde,
cansado, pero valiente,
en una infinita prueba
de amor sin equivalente,
Y la conciencia perdí
de dónde estaba,
ni el gentío, ni el fervor,
nada ya me importaba,
sólo tu rostro divino
mirándome cara a cara*



*y esa luz en tu mirada
que mi alma traspasaba.
Y fuiste mi noche y mi día,
mi porqué, mi destino,
mi Norte, mi Cruz de Guía,
la sombra de mi camino,
latido en mi corazón,
mi manantial cristalino,
sentimiento que en las venas
se me vuelve torbellino.
Señor, no se si Tú me buscabas
o fui yo quien te encontré,
solo se que me miraste
y yo también te miré
y mi corazón fue tuyo
y lo postré a tus pies,
sentí que mi voz se ahogaba,
suavemente suspiré
y una oración me brotó del alma,
desde donde nace la fe,
y supe entonces que eras tu,
¿qué otro podría ser?,
tu mi fuerza, Tú mi destino,
tu mi razón y mi locura
tu mi único Camino
tu mi luz, mi bien, mi paz,
el freno a mi desatino
tu mi única Ley,
mi Cristo, mi Dios, mi Rey.*



*No se si tu me buscabas
o fui yo quien te encontré,
pero desde aquél Jueves Santo,
Señor, eso sí que lo se,
mi alma quedó rendida
por siempre a tu Gran Poder.*

Desde ese mismo momento tomé conciencia de que un horizonte de experiencias nuevas se abría ante mi, que una nueva forma de sentir y manifestar mi fe me había sido entregada, y puse todo mi empeño en comprender todo aquello que tenía que ver con el mundo cofrade de este pueblo, que hoy es el mío, llevado de la mano por mi esposa y su familia, con mi cuñado "Tete" al frente. Ellos fueron los que me abrieron las puertas de una Hermandad que ha sido y es la Universidad Cofrade en la que todavía hoy sigo poniendo todo mi empeño en aprender

Bien puede decirse, pues, que soy un cofrade tardío, que mira de reojo a su hija con disimulada envidia por que ella tiene la dicha de haber conocido ese sentimiento desde la cuna, y aun antes, transmitido desde el vientre de su madre.



Ese día ...

Cuando el calendario de un nuevo año cae en las manos de los que tenemos la suerte de estar tocados por esta bendita locura que es el sentimiento cofrade, irremediablemente buscamos con afán la fecha en la que cae la Semana Santa. Y más concretamente, dónde ha situado la matemática del tiempo nuestro día. Digo bien, nuestro día, porque aunque los cofrades tengamos una especial fijación por todo lo que tenga que ver con esa Semana de Pasión, no es menos cierto que, en Brenes, todos nos sentimos identificados con un día concreto, que para nosotros tiene un significado especial que no tienen los demás. Un día que amanece tras una larga noche de duermevela; un día en el que nos sorprendemos con un revuelo de mariposas que nos va del estómago al corazón, como cuando éramos mozos y rondábamos a una guapa morena; un día en el que el mismo café de todas las mañanas nos sabe distinto, porque nosotros somos distintos a través del sentimiento que nos embarga; un día que vale todo un año de espera y con cuyo nombre se nos llena la boca.

Brenes atesora una particular trilogía de advocaciones y sentimientos que se aprecia hasta en los detalles más pequeños, y cada cofrade de este pueblo se reconoce a sí mismo en su fe a través de un día señalado al que por tradición o por convicción permanecerá vinculado toda la vida, y que representa el verdadero centro de gravedad de su sentimiento, la auténtica medida de su fe manifestada públicamente, el recipiente donde se extasían sus sentidos y el más eficaz bálsamo que reconforta su alma, porque ese día al que pertenecemos y nos entregamos, contemplando a nuestras imágenes titulares en estación de penitencia, contemplamos los verdaderos rostros de Jesús y de María.

Y eso no es malo, si tenemos la capacidad de reconocer el mismo derecho y sentimiento en el de enfrente, tan cristiano como nosotros, tan cofrade como nosotros, con una misma fe compartida por todos, pero con un distinto sentimiento



que nos hace sentirnos especiales cuando nuestra Cofradía es la que pone sus pasos en la calle.

En ese particular triduo de Pasión que componen nuestras Hermandades de Penitencia, todos tenemos un día del que nos sentimos parte. Este pregonero también. Por eso comprenderéis que os diga que, en mi casa, en los corazones de mi familia y para mis ojos

*No hay jueves como mi Jueves
ni hay mejor "madrugá",
ni Virgen con más tronío
ni Cristo más señorial,
ni cuadrillas con más arte
ni hay mejor capataz.
Y aunque no tenemos Serpes,
Campana ni Catedral,
no se verá en toda Sevilla
ni una sola chicotá
que esté más cerca del Cielo
que las que mi Nazareno da,
ni un palio mejor "mecío",
ni marcha más a compás
que cuando suena Amarguras
mi Jueves de "Madrugá".
Cuando viene el Gran Poder
camina tan elegante
que embelesa el corazón
de quien lo tiene delante,
y si un día fuera un año
parecería un instante,*



*que por mucho que se ve
nunca parece bastante.
Y cuando llega detrás
el palio de la Amargura
el Cielo entero se para
para ver tanta hermosura
y entre vítores y palmas
se desata la locura
y se rinde un pueblo entero
ante belleza tan pura.
No hay jueves como mi Jueves
ni hay mejor "madrugá",
ni Virgen con más tronío
ni Cristo más señorial,
ni cuadrillas con más arte
ni hay mejor capataz.
Y aunque no tenemos Sierpes,
Campana ni Catedral,
yo no cambio una faena
de mi ansiada madrugá
por la mejor que se vea
por la Carrera Oficial,
porque no hay calle como Tabernas
al paso de una morena
que resuelta en amargura
va derramando su pena,
ni lugar más "escogío"
que aquél cofrade rincón
donde el Nazareno mío
va causando admiración.*



*Días hay en todo el año
señalados por su encanto
pero, a mis ojos, ninguno
que en Brenes reluzca tanto,
porque este que yo les digo
es ... mi Jueves Santo.*



Vísperas de un “triduo” de Pasión.

Atrás quedó la mañana del Domingo de Ramos, con su alarde de palmas y ramón recién cortado y con su acopio de hosannas y glorias de veinte siglos recibiendo con alborozo al Hijo de Dios, siempre dispuesto a cruzar las puertas de nuestras conciencias a lomos de un borriquillo. Atrás quedó la mañana del Domingo de Ramos con su algarabía de niños estrenando cuaresmas y mozuelas con el corazón rezumando primavera y el horizonte en cuarto creciente. Las palmas anidarán en nuestros balcones pregonando a los cuatro vientos que Brenes está en fiesta porque Jesús está entre nosotros. Atrás quedó la mañana del Domingo de Ramos, y la tarde llega con su añeja retahíla de exilios, en la que los breneros dejaremos nuestro pueblo en busca de la misma esquina de siempre para ver pasar una hilera de pequeños capirotes de un blanco tan puro como los corazones de la niñería de Sevilla, que acompaña a Jesús en una borriquita mientras a sus padres se les pinta una sonrisa en la memoria; o iremos hasta la misma ribera del río para ver cruzar el puente a una Estrella valiente que viene a Sevilla a pasear su gracia; o sacaremos papeleta de sitio en la bulla de Trajano cuando el Silencio Blanco de Jesús solo se rompe con los mejores toques de Triana. Y casi sin sentir, el Domingo de Ramos se nos habrá dormido en los brazos, con la estampa del Santísimo Cristo del Amor todavía fresca en la retina, el alma perfumada de incienso y un pellizco en la cintura.

Y tras esa explosión de sentidos en flor, un dulce letargo de lunes y una plácida espera de martes nos llevarán a las mismas puertas de un terno de Pasión que toma carta de naturaleza en Brenes con las primeras luces del Miércoles Santo.



Miércoles Santo

Esas primeras luces que tiñen la fachada de la ermita de suaves tonos dorados, en un amanecer limpio, como debió serlo aquél que tamizó su luz entre las ramas de los olivos de Getsemaní buscando tu rostro, Señor, pero Tu ya no estabas. La madrugada se había llevado consigo un cáliz de amargura libremente aceptado, una traición sellada con un beso, el abandono de tus discípulos, y tu impenetrable silencio.

La mañana se despierta con el tercer canto de un gallo que trae consigo un presagio de dolor y de profecía cumplida. Y como sin querer dar crédito al rumor que musita la brisa temblorosa entre los naranjos de la Plaza, iremos a buscarte con la esperanza de encontrarte sano y salvo allí donde cada viernes recibes las muestras de devoción cincuentenaria de tu pueblo. Pero encontraremos tu altar vacío, huérfano de tu presencia. Tendremos que buscarte, Señor, Cautivo sobre una peana de pasión dispuesta para presentarte al pueblo.

Mas no temas, Señor, pues sabes que el Miércoles Santo Brenes no preferirá a Barrabás. Caminará junto a ti arropándote con su fe a cada paso y será silencio en tu silencio, porque ante tu imagen, Señor, no hacen falta las palabras. Basta con dejarse acariciar por tu mirada, tan profunda y tan limpia, que nos llena de tu gracia divina cuando nos acercamos a ti con el alma en paz; pero a la vez tan penetrante y tan llena de verdad, que sentimos cómo nos recorre hasta el último rincón de la conciencia, y ante la fuerza de tu amor infinito nos avergonzamos y bajamos la cabeza cuando en nuestros bolsillos todavía guardamos algo de aquellas treinta monedas. Y te pediremos perdón, Señor, porque a veces nos apartamos de tu camino sin saber que, aunque tu eres el que tienes las manos atadas, en realidad nosotros somos los cautivos: cautivos del egoísmo que nos hace olvidarnos de nuestro hermano, cautivos de la egolatría que nos hace creer que valemos algo más que el presente que vivimos, cautivos de la envidia que nos



hace menospreciar los éxitos ajenos, cautivos de la ceguera que nos impide ver tu luz. ¡Qué poco hemos aprendido, Señor, desde aquéllos días en Jerusalén! Somos los mismos hombres y las mismas mujeres de siempre, que venimos ante ti la mañana del miércoles para implorar tu perdón y reconfortar nuestras almas con la paz de tu mirada. Y tu, con tu paciencia de Padre Todopoderoso y bueno, siempre pareces decirnos “No temáis por mí, id en paz, y esta noche, no me dejéis solo”.

Y no estarás solo, Señor, nunca estarás solo, pues a la hora en que la noche empieza a tener vocación de madrugada, a la hora en que el velo del firmamento se rasga en dos con el eco de una sentencia que se apodera del Paseo del Agua, Brenes estará esperándote, y esa noche, Señor, nada podrán contra ti escribas ni fariseos, Caifases ni Pilatos, ni los guardianes del Templo ni todo el romano imperio. Esa noche Brenes estará contigo, velará contigo, rezará contigo, llorará contigo. Y junto a ti caminará en un profundo y respetuoso silencio

*El aire clama silencio
que ni una hoja se mueva,
silencio de noche oscura,
silencio de luna nueva,
silencio de cautiva sombra
en la fuchada ermitaña,
y metálico silencio
de campana en la espadaña.
Silencio guardan los juncos
y la corriente del río,
silencio las arboledas
y los terrenos baldíos,
silencio que a una sentencia
ha retado en desafío.*



*El aire clama silencio
y con el murmullo batalla
poniendo coto a la voz
y al sentimiento muralla.
Callada quedó la fuente
y las palmeras en la Plaza,
y el eco por las esquinas
mordiendo va su mordaza.
Silencio el escalofrío,
silencio la madrugada,
silencio el llanto dormido,
silencio la pena ahogada.
Silencio guarda la cera
y la llama en el pabilo,
silencio las zapatillas
con racheado sigilo,
silencio los guardabrisas,
silencio los cuatro zancos,
silencio la canastilla,
silencio los muros blancos,
silencio los capirotos,
silencio el escapulario,
silencio la Cruz de Guía,
silencioso el incensario,
silencio la maniqueta,
silencio los penitentes,
silencio costal y faja,
silencio de Madre ausente.
El aire clama silencio
y no es pequeño el motivo,
que Brenes entero calle,
que pasa Jesús Cautivo.*





Y pasarás, Señor, como pasas siempre, con el paso sereno, erguido, con la altivez de un Rey, pero manso como un cordero.

Y detrás de ti, las mujeres de Brenes, que cumplen promesas de luz y van dejando una interminable estela de lágrimas de cera en las que se va derritiendo un rosario de plegarias y fe con el que se encomiendan a ti, con la certeza, Señor, de que sólo tu podrás devolver la salud que falta en sus casas; sólo tu, Señor, podrás traer la paz a sus corazones, en guerra con la vida desde aquél día en que sus hijos fueron a vender su alma al peso a cambio de una papelina que les quemó la voluntad; sólo tu, Señor, podrás secarles los ojos con un pañuelo de esperanza en un mañana con el horizonte un poco más claro. Señor, escúchalas, porque son las madres y las esposas de Brenes, los pilares sobre los que se asientan nuestras casas, los cimientos de nuestras familias, y en nuestras hermandades, ellas son las obreras infatigables y pacientes.

*Si notas, Señor, una brisa
con un lamento escondido
que del suelo se levanta
y se enreda en tus oídos;
si percibes a tu paso
un silencioso quebranto,
un sollozo entrecortado
tras de ti un Miércoles Santo;
si oyes, Señor, una queja
que en tus manos se ha dormido,
son las esposas de Brenes,
pidiendo por sus maridos.
Si se tornan a tus pies
en plegarias los claveles
y en rosarios de pasión
en tus manos los cordeles;*



*si mil lágrimas cayeran
por un rostro conmovido
por ver a sus primaveras
en otoños convertidos,
si un corazón traspasado
busca en tus ojos cobijo,
es de las madres de Brenes,
que te piden por sus hijos.
Si un beso pone a tus pies
un amor sin adjetivo,
y en tu túnica se mece
un suspiro fugitivo,
son las mujeres de Brenes
rezándote a Ti, Cautivo.*

Y con esa misma devoción te ha rezado Brenes durante cincuenta años. Los mismos, Señor, que tu imagen lleva impartiendo su Ministerio cada Miércoles Santo, convocándonos a ser testigos de excepción de la fuerza de tu silencio, de tu infinito amor por nosotros. Cincuenta años, Señor, y Brenes estuvo también contigo esa noche de septiembre. Tu túnica no tenía ya el color de la Pasión, te habían vestido de un blanco immaculado, los capirotos se habían tornado en peinetas, y las capas en mantillas; a tu alrededor no había sentencia ni nadie que la leyera, y el silencio, Señor, se había llenado de cornetas y tambores venidos de la otra orilla del río, donde reina una Esperanza marinera. Vaya mi humilde agradecimiento a la Junta de Gobierno de la Hermandad de Ntro. Padre Jesús Cautivo por habernos regalado esa imagen, imborrable para los que pudimos vivirla.



Jueves Santo

Cuando rezamos el último Padrenuestro a la imagen de Ntro. Padre Jesús Cautivo y las puertas de la ermita cierran el Miércoles con la misma solemnidad con que lo abrieron, la madrugada tiene ya vocación de Jueves Santo, con todo un cielo limpio y estrellado brillándole en los ojos y una sonrisa nerviosa de luna pintada en la cara. Esa noche, en casa del pregonero, se duerme poco...

- Niña, ¿has visto qué hora es? Anda, vamos, que mañana hay mucho que hacer, ¿a qué hora pongo el despertador?

- No te preocupes, que no hace falta.

Y en verdad que no hace falta, porque esa madrugada, la última persona que se duerme en mi casa es la primera que se despierta, si es que ha podido dormir con los ojos llenos de la imagen que guarda su cabecera. Y ella es la que año tras año, llena de ilusión y de emoción viene temprano a mi habitación, me sacude el brazo y nos saca a su madre y a mi de nuestra duermevela de vísperas con las mejores palabras que puedan oírse: -¡Papá, hoy es Jueves Santo!, ¡Hoy sale mi Amargura!.

Es mi hija Cristina, un ángel que el Cielo nos regaló y que cada noche se duerme con el nombre de su Virgen en los labios. Y de esta forma, abrazados los tres, despertamos a un día que viviremos con la intensidad con que se viven los acontecimientos que nos marcan la existencia, tanta que se nos escapará de los sentidos casi sin darnos tregua y necesitaremos todo un año para asimilar el extenso catálogo de sensaciones, emociones, escalofríos y vivencias que nos ofrece.

Devoramos con avidez las primeras horas de la mañana, hasta que las



puertas recién abiertas de la Iglesia dejan paso a un torbellino de devoción que sucumbe a tus pies, Señor del Gran Poder. Acudimos temprano a esta Casa, en la que tu paso está listo para iniciar una travesía que habrá de llevarte directo al corazón de tu pueblo, que tanto necesita de ti; absortos ante tu divina presencia, en los ojos llevamos escrita una oración para darte gracias por habernos permitido estar de nuevo contigo y acompañarte en esta mañana limpia de primavera. Y sin poder remediarlo, mirándote a los ojos se nos escapará una lágrima con el nombre de los que ya no están con nosotros, mientras un beso con vocación de avemaría cruzará el aire para quedarse dormido en las amorosas manos de tu Madre.

Es una mañana llena de luz que inunda el Templo buscando afanosamente besar la tez morena de la Virgen de la Amargura, consciente de que la implacable avaricia del anochecer no le permitirá besar sus lágrimas cuando asome toda su Gracia por el dintel de la puerta, mientras una brisa ebria de suspiros recorre una plaza extasiada de emoción ante la primorosa visión del palio de su Reina. Es una mañana en la que el tiempo parece detenerse, una mañana en la que el corazón nos rebosa de alegría por poder estar tan cerca de vosotros y con tanto tiempo para perdernos en el mar de vuestras miradas, sin miedo a que suene el martillo y una escuadra de costales se os lleve de nuestros ojos. Es una mañana de abrazos y de reencuentros, de miradas furtivas al cielo y de regocijo ante el fruto de un año de sacrificado esfuerzo, pero sobre todo una mañana en la que, como si de una protesta de Fe se tratara, hombres, mujeres y niños venimos a llevarnos impresos en los ojos vuestros rostros divinos y a confirmar a vuestros pies nuestra condición de cristianos y cofrades.

Y por la tarde, Señor, acudiremos a los Oficios del Jueves Santo. Vendremos a sentarnos a tu mesa, a empaparnos de tu infinito amor por nosotros, a compartir tu Pan de Vida y tu Cáliz de Salvación, a ser uno contigo, a venerarte omnipresente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, a pedirte



las fuerzas, la valentía y la humildad suficientes para poder seguir tus enseñanzas y que el sentimiento que nos embarga este día del Amor Fraternal, se extienda a todas y cada una de nuestras acciones, todos y cada uno de los días de nuestras vidas. Amas como yo os he amado, nos dijiste. Pero qué difícil se nos hace seguirte por la senda del Amor. Danos, Señor del Gran Poder, las fuerzas para hacerlo, siguiendo el ejemplo de tu Sacrificio por nosotros, del que seremos testigos por la noche, cuando de nuevo aparezcas ante tu pueblo, dejando tras de ti una estela de perdón y un repicar de gozo en los corazones de tus hijos.

Se acerca la hora. El sol, en un ocaso carmesí, declina lentamente llevándose consigo las últimas sombras de una tarde que se nos escapa de las manos con un trasiego de capas granates que transitan nuestras calles dispuestas para acompañar al Gran Poder de Dios camino del Calvario y consolar la Amargura de su Madre.

La noche poco a poco despliega su velo de bronce viejo sobre los tejados mientras la Plaza se va poblando de impacientes miradas fijas en la puerta de la Iglesia, convertida en el punto cardinal que nuestra brújula marca cuando rondan las nueve, con la precisión de lo que se siente y se vive, pero no se puede explicar.

Al pregonero le gusta llegar pronto a la cita. Le gusta ocupar el mismo lugar que ocupó aquel primer día, y busca colocarse frente a la puerta con un remolino de sentires recorriéndole la sangre. Y cuando el sonido seco del cerrojo nos llama como si de un capataz se tratara, Brenes entero se vuelve cuadrilla dispuesta a meter riñones para aliviar el peso del madero cruel de nuestros pecados sobre los hombros de nuestro Salvador. La Cruz de Guía se posa solemne en la entrada como heraldo anunciador de que Jesús, abrazado a la Cruz, pronto emprenderá el camino por el que irá derramando su Gran Poder a cada paso. La Cofradía comienza su cortejo, pero por encima del grana de los capirotos mis



ojos se clavan en tu divina figura, Señor, allí al fondo, sobre tu peana todavía inmóvil, pero ya con el atropellado latir de treinta y cinco corazones cirineos, rezando un padrenuestro costalero. Y ante la inminencia del ansiado reencuentro contigo, la respiración de cuantos allí estamos se acompasa, como se acompasa el sentimiento. Con suerte, podremos distinguir sobre el murmullo expectante la primera llamada del martillo en el interior del Templo, cuando Madre e Hijo todavía no se han separado, aunque en el rostro de María Santísima de la Amargura ya se bosqueja el rictus de dolor que cada Jueves Santo le atraviesa el corazón.

Todo está preparado, la cera ya ha derramado las primeras lágrimas marcando el camino de tu Pasión, la luna ocupa lugar de privilegio ansiosa por besar tu rostro, el aire lleva dibujados etéreos versos espirales de incienso, una portentosa arquitectura de caoba desafía la lógica de las dimensiones, y nosotros, Señor del Gran Poder, ansiamos el momento de volver a recibir la bendición de tu mirada.

*Centinelas inmortales
se ciñen al son del viento
uniformes de azahares
con pausado movimiento.
Son las nueve de la noche,
la hora ya se avecina,
ritual de zapatillas,
costales de disciplina.
En lo alto se divisa
orgullosa y altanera
luciendo su blanca sonrisa
la luna de Primavera,
el cielo viste de gala,
escoge su mejor manto*



*para verte, Gran Poder,
la noche del Jueves Santo.
Las estrellas le han bordado
para verte a ti salir
sobre las nubes de seda
filigranas de alhelí,
mientras nerviosa la brisa
va arrancando sin respiro
sobre un mar de corazones
oleajes de suspiros.
En silencio en su atalaya
montan guardia las campanas
y hasta la fuente se calla
con obediencia cristiana,
que ya se escucha otra vez
guiando a sus costaleros
la voz rota de "Manué":
¡"tos" por "iguá", al Cielo!"
Mi Señor del Gran Poder,
después de tanto esperarte
aquí tienes a tu pueblo
que espera para adorarte.
Quién pudiera ser clavel
fundido en el manto rojo
donde tú posas los pies
y mirar siempre tus ojos.
Quién pudiera ser la noche
con paño de viento fino
para secar los sudores
de tu semblante divino.*

*Inquieto el tiempo se para
por no perderse el momento
de encontrarnos con tu cara.
Mi Señor del Gran Poder,
después de esperarte tanto
a mí vienes otra vez
La noche del Jueves Santo.*







La emoción apenas puede contenerse cuando sobre el perfil del aire se recorta una maniqueta abriendo paso a dos faroles centinelas, y se desata irremisiblemente en un mar de rezos, suspiros, palmas y vivas que elevan al Cielo tu nombre, Señor, cuando por fin, después de tanto soñarlo, te tenemos ante nosotros inundando nuestros corazones con tu divina misericordia, redimiéndonos de las culpas que agrandan el peso de esa Cruz que abrazas y empapándonos de amor con tu mirada.

Y caen lágrimas, Señor, muchas lágrimas. Lágrimas que encierran una ausencia sentida; lágrimas que ahogan una pena callada y que sólo Tú conoces; lágrimas que redimen un año de espera; lágrimas que empapan con tu nombre el viento; lágrimas en las que se desvanecen nuestras tribulaciones, tan grandes que parecían ahogarnos y que sin embargo apenas son una pluma al viento al lado del martirio de Cruz que te encorva la figura; lágrimas de hombres que se las tragan, porque dicen que los hombres no lloran; lágrimas dormidas en una esquina del tiempo; lágrimas cansadas en los ojos de una madre; lágrimas todas que bendicen las mejillas que bañan, porque son lágrimas de amor por ti, lágrimas de devoción por ti, lágrimas de Fe en ti, lágrimas que Brenes derrama a tu paso y que van llorando tu nombre

*Ya está Jesús en la Plaza,
en la cara bronce y luna,
y en los hombros una Cruz
pesada como ninguna.*

*Llorando está la madrugada
y la luna en su redondel,
llorando el morado lirio
llorando el rojo clavel,
los cirios en los faroles
lloran lágrimas de cera*



*y lágrimas de azahar
derrama la primavera,
llora el fanal sin consuelo
sus lágrimas de cristal
y tu sombra en la pared
llora lágrimas de cal.
Ya está Jesús en la Plaza,
en los ojos bronce y miel,
y llorando una saeta
reza lágrimas por él.
A sus pies van cuatro ángeles
con lágrimas cristalinas
y en su frente coronada
lloran sangre las espinas,
llora el Cielo en su negrura
estrellas de desconsuelo
y el tañir de la campana
llora callando su duelo,
llora al llamar el martillo,
la caoba cruje en llanto,
y en lágrimas se derrama
a su lado el Jueves Santo.
ya está Jesús en la Plaza
con su Cruz de padecer
y Brenes entero, al verlo,
llora un nombre, Gran Poder.*



Cuando veo pasar junto a mi las filas de penitentes que caminan detrás de ti, Señor, con un antifaz negro guardando su anonimato y abrazados a sus cruces como desagravio por sus ofensas o en pago de una gracia recibida de tu Gran Poder, recuerdo siempre aquella madrugada, no hace muchos años, en la que te acompañé por la calle de la Amargura camino del Calvario cargado con dos cruces en pago de una promesa forjada un jueves de abril, en una sala de espera.

Es curioso cómo los hombres a veces nos olvidamos de ti cuando sopla viento de bonanza en nuestras velas, cuando la suerte nos sonríe y en nuestro camino siempre hay una sombra en la que cobijarnos. Pero cuando al socaire de un viento solano nuestra veleta pierde el Norte, cuando la vida nos llena de piedras los bolsillos o nos pone una zancadilla al revolver una esquina, qué pronto volvemos la mirada hacia ti, Señor. Cuántas veces invocamos tu nombre reclamando tu protección, tu ayuda, tu perdón Y cuántas veces se nos olvida darte las gracias. Y yo quería darte las gracias aquella madrugada, porque ese jueves de abril estuviste conmigo mientras yo apretaba entre mis manos una medalla con tu rostro con tanta fuerza que casi te hacía daño, rogándote por mi esposa, que se debatía en horas oscuras con el fruto de nuestro amor en el vientre llamando precipitadamente a las puertas de la vida.

Pero el Gran Poder de tu infinito Amor las cubrió con su manto, y yo, deshecho en lágrimas postré mi alma agradecida a tus pies, con la firme promesa de acompañarte el Jueves Santo cargando cruces de penitencia en las que llevaba grabados mis dos amores, sin saber que la verdadera penitencia que me reclamabas, Señor, no eran las cruces, sino otra muy distinta, y mucho más pesada

*Te pedí por mis dos rosas
y me diste dos primaveras,
y con dos cruces te seguí
una madrugada entera.*



*Tu marcabas el camino,
yo siempre detrás,
caminando con tu paso,
y siguiendo tu compás.
Pero me llamaba tu mirada
y tus manos me llamaban,
y el cansancio de tus pasos
y el clavel que tu pisabas,
y los olés de tu pueblo
que tu camino alfombraban,
me llamaban las estrellas
que en tus ojos se bañaban
y las espinas de tu frente
y la túnica morada,
y yo con mi penitencia
siempre detrás me quedaba.
Te pedí por mis dos rosas
y me diste dos primaveras,
y mi promesa cumplí
una madrugada entera.
Abracé mis dos cruces
y en silencio te seguí,
tu siempre por delante,
yo siempre detrás de ti,
Pero me llamaban tus labios
y la cruz que tu abrazabas,
y la noche que en la frente
besos de luna te daba,
y la brisa caprichosa
que en tu pelo se enredaba,*



*y los faroles de plata
que de frente te miraban,
y el capataz y el martillo
que delante siempre estaban,
y yo con mi penitencia
siempre detrás me quedaba.
No me pesaron las cruces,
ni las piernas me temblaban,
ni me dolió la cintura,
ni el aliento me faltaba,
ni se me quebró la voz,
ni el frío me traspasaba,
pero repaso mis cuentas
y falta una madrugada,
que no fue mi penitencia
llevar dos cruces pesadas,
si no ir tan cerca de ti, Gran Poder,
sin poder verte la cara.*

Y mientras caminaba detrás de ti, Señor, las horas se me iban clavando como puñales en los ojos, sin permitirme siquiera adivinar tu perfil en una revirá. La madrugada me dejó huérfano de tu mirada, en la que tantas veces he consolado mi pesar. No me abandones nunca, Señor. Ten presta la mano para devolverme al camino de tu palabra cuando mi voluntad se quiebre. Ilumina mis pasos para que me guíen siempre hacia ti y la noche no se haga en mi corazón, otórgame el favor de tu consejo cuando ande perdido entre las tinieblas, socórreme de la desesperanza y el conformismo, y cuando llegue la hora, Señor del Gran Poder, no te olvides de mí, porque Señor ...



*Tu eres el río de Paz
en el que hundirme quisiera,
y cuando llegue la hora
de mi caída postrera
no me dejes de la mano,
acúname en tu ribera,
y si en mi último aliento
un deseo se escondiera,
en el te estaría pidiendo,
Señor, si pudiera ser,
irme camino del Cielo
de tu mano, Gran Poder.*

La noche del Jueves Santo nos lleva en un vaivén de sentimientos del barroco labrado de una canastilla de caoba a un portentoso palio que araña la negrura de una noche de Pasión con destellos de oro y plata, y nuestro corazón, como un péndulo de fe, reparte sus latidos entre el Gran Poder del Hijo de Dios y la veneración por su Madre, María Santísima de la Amargura. Y acudimos fieles a nuestro encuentro con Ella. Buscándola, sublime y majestuosa, recibiendo el fervoroso saludo de su pueblo mientras el último varal vence su porfía de verticalidad con el dintel, o paseando valiente toda su realeza por la Calle Real, o en una revirá de ensueño para enfilar García de la Herranz, o derramando toda su Gloria, toda su Belleza y todo su Amor al pisar la "Calle de las Tabernas". Una calle que toma carta de naturaleza cofrade cuando su Hijo, en un clamoroso triunfo de costales, rompe la barrera de lo imposible, y que se sublima cuando Ella, bajo un palio hecho ascua de luz, la cruza de parte a parte, hermosa y radiante como un Sol de mediodía.

Al encontrarnos contigo, Madre, ansiamos estar a tu lado y no dejarte ni un momento, porque es tanta la amargura que traes reflejada en la cara que



hasta el aire que te besa siente un escalofrío. Y Brenes quiere acompañarte, quiere consolarte, hacerte más liviano este penoso trance, en el que cada espina que corona la frente de tu Hijo la llevas tu clavada en el corazón, cada azote que le desgarró la espalda a ti se te vuelve suspiro luchando por escapar de tu boca entreabierta, cada gota de sangre que derrama va quemándote en las venas, porque como solo puede una madre, haces tuyo el dolor de tu Hijo, y a su lado sufres los martirios de la Pasión. A él le han desgarrado el cuerpo, pero tu, tu llevas la herida en el alma y reflejada en cada una de las lágrimas que surcan el armonioso perfil de tu hermosa cara morena. ¡Cuánto dolor, Madre!, ¡cuánta pena se derrama por tus ojos!, ¡cuántas lágrimas empapan el pañuelo que acaricias suavemente entre tus manos!, ¡y cuánto amor te tiene tu pueblo!. Antes le faltarán al firmamento las estrellas que a ti las gargantas de Brenes alabando tu belleza. Antes se apagará la luna que la llama de la devoción que alumbra el camino de tus hijos. Antes se borrarán las nubes del cielo que tu cara de nuestros ojos. Es tan grande el surco que has dejado en nuestros corazones, y lo has sembrado de tanto amor, Madre, que la noche del Jueves Santo todo nos parece poco para consolarte en tu amargura. ¿Incienso?, el más fragante para perfumar tu camino y dibujar una cortina que distraiga de tus ojos la imagen de tu Hijo cargado con la Cruz; ¿bordados?, los mejores salidos de los talleres de Fernández y Enríquez y de las primorosas manos de tus hermanas bordadoras, con un corazón tan grande como su devoción por ti; ¿flores?, las más bellas para poner a tus pies un frondoso jardín, aunque ninguna resistiría la comparación con tu inmaculada belleza; ¿marcha?, la mejor de Font de Anta, que no se inspiró en tu Gracia al componerla, pero cómo se engrandece y glorifica cuando es tu palio el que besan sus apasionadas notas; ¿cera?, la de más pureza para que nunca te falte la luz del amor de tu pueblo, que llora ante ti como llora toda tu candelería; ¿entrega?, la de treinta cinturas meciéndote acompasadamente con un sonoro rezo de zapatillas, Y todo eso, Madre, desaparece de nuestra vista cuando nos bañamos en el mar de tus ojos, porque ante ti, nada importan el oro ni la plata, las flores ni el incienso, la música ni el fervor que te rodea. Ante



ti, Madre, solo alcanzamos a ver tu cara, que rebosa una resignada, valiente y hermosa amargura. Y al admirarnos de tu belleza sin igual, quedamos absortos y perdemos la noción del tiempo y del espacio, porque en ese mismo momento te tenemos solo para nosotros, y no hay nada más bello que tu, nada más grande que tu, nada más radiante que tu

*Busqué tu patio en la noche
para consolar tu pena
y el tiempo se me paró
al ver tu cara morena,
y ya no estaba la gente
que entre palmas te aclamaba
y ya no estaba la cera
que hasta entontes te alumbraba
y ya no estaba el incienso
que caprichosamente humeaba
y ya no había en tus varales
repiques de bambalinas,
ni una plegaria de flores
en tus frondosas esquinas,
ni en el suelo susurraban
piropos las zapatillas,
ni se asomaba la luna
para besar tus mejillas.
Ya solo estaban tus ojos
que con amor me miraban,
ya solo estaba tu boca
en la que un suspiro escapaba,
ya solo estaba tu cara
en mis ojos reflejada,*



*ya solo estaba tu nombre
llenando la madrugada.
En tu divina presencia
hasta la luz se oscurece
y el tiempo dormirse quiere
en el palio que te mece,
la noche lleva escondido
un piropo a tu hermosura
y un abrazo de versos
para rondar tu cintura.
Si hay paz, está en tus ojos,
que a quererte nos conjuran,
si hay amor, está en tu pecho,
que lo entrega sin medida,
si hay belleza, está en tu cara,
manantial de la hermosura,
si hay perdón, está en tu llanto,
empapado de ternura.
y si hay un nombre en el mundo
digno de Madre tan pura,
es el que proclama Brenes
cuando te llama Amargura.*





La elegante armonía de tu palio pone el contrapunto de luz a una noche de Jueves Santo repleta de contrastes, y tu, como Reina del Cielo y de la Tierra, con tu bendita presencia iluminas la senda sombría de nuestras almas, dejándonos heridos de amargura a poco que sentimos la suave fragancia del infinito amor que vas derramando a cada paso.

Pero es una herida tan dulce, que nos embelesa el pensamiento y nos recorre la sangre en un vendaval de pasión que se nos escapa por la boca resuelto en ramilletes de piropos que se posan a tus plantas, mientras nuestra fe hecha suspiro dibuja en el aire un beso que no tiene más destino que sentir la caricia de tus amorosas manos. La noche poco a poco se va vistiendo de madrugada sin haber logrado descifrar el misterio de tu rostro, porque tu cara, Madre, no es de este mundo. No pudieron ser manos humanas las que te hicieron tan bella. La mano de Dios guió sin duda la gubia de Barbero mientras otorgaba rango de gloria a la noble madera en la que dormía tu perfil divino. Solo así tendría explicación que en medio de tanto dolor, de tanto desconsuelo, de tanto sufrimiento, en tu semblante no se acomode el rencor ni el desaliento, sino que se asome al balcón de tus ojos la flor de la esperanza, que tus lágrimas sean ríos por los que corre tu amor por nosotros, y que de tus labios brote el cálido aliento de tu perdón sin límite, como solo saben perdonar las madres a sus hijos. No, tu cara no es de este mundo, y desafía toda lógica y toda ciencia, porque pertenece al paraíso de los sentimientos, y tu, Madre, mantienes los nuestros en eterna primavera de amor y de fe, enamorados de tu serena elegancia al pasear valiente tu pena bajo palio, fundidos en la cera que lagrimea sobre tu candelería, enredados entre los pliegues del pañuelo que anhela besar tus lágrimas, engarzados en las cuentas de los rosarios que van meciendo su oración en tu mano, ingravidos en el firmamento de estrellas que orla tu corona de Reina, prendidos del fajín que abraza tu cintura, bordados sobre tu saya y tu manto, mecidos en el compás de tus bambalinas, repujados en la plata de tus varales, aromados en el vergel de tus floridas esquinas, escondidos en el requiebro luminoso de los candelabros de cola,



bautizados en el mar profundo de tus ojos, redimidos en la pureza de tu llanto, arrepentidos en el dolor que atraviesa tu pecho, salvados en la infinita bondad de tu corazón, y entregándote por entero el alma y la vida, nos esforzamos en desgranar un idioma que nunca tendrá suficientes adjetivos para hacer justicia a tu divina hermosura.

*Nunca vi mayor dulzura
que la que en tus ojos vi,
ni ternura conocí
que supere tu ternura,
jamás hallé alma tan pura
ni estrella más luminosa,
jamás cara más hermosa,
ni presente ni futura,
nunca flor con más frescura
ni Virgen con más encanto
que en noche de Jueves Santo
cuando pasa mi Amargura.
Fruncido el entrecejo,
labios de fino coral,
no se vería una igual
ni siquiera en un espejo.
Tu cara tiene el color
moreno de Andalucía,
y seis lágrimas a porfía
dan muestra de tu dolor,
y si embargo en tus ojos
el rencor no se adivina,
sino clemencia divina
perdonando tus enojos.*



*Por eso, ¿quién al verte
podría dejar de mirarte,
y mirándote no admirarte,
y admirándote no quererte?
Qué belleza sin igual,
qué pureza en la mirada,
qué mujer inmaculada,
qué porte tan señorial.
Qué inigualable presencia,
qué consuelo del perdido,
qué apoyo del afligido,
qué sin par benevolencia.
Qué finura en el andar,
qué claro ejemplo de amor,
qué entereza en el dolor,
qué maestra en perdonar.
Que Reina de la humildad,
qué alma tan generosa,
qué madre tan dolorosa,
qué Templo de la verdad.
Qué embajadora del Cielo,
qué misterio virginal,
qué estampa fina y cabal,
qué corazón sin consuelo.
Qué angelical hermosura,
qué pedacito de gloria,
qué recuerdo en la memoria,
qué Madre de Dios, Amargura.*



Antes de que la madrugada se despoje de sus vestiduras de Jueves Santo, antes de que Jesús se adentre de nuevo en el Templo tras haber dejado la huella de su Gran Poder en cada una de las paredes que ha besado su sombra y en el corazón de todo su pueblo, Madre e Hijo han de tener un momento para el consuelo mutuo. Ante una Plaza rebosante de emoción, se encuentran de frente, y no es difícil adivinar cómo se entenece la expresión de Jesús del Gran Poder ante la imagen adorada de su Madre y seguidora más fiel, la que nunca le abandonó, la que habrá de caminar con él hasta el momento de la consumación de su sacrificio. Y María Santísima de la Amargura, olvidará por un momento su inmenso dolor para mecer entre sus manos el de su Hijo, que con paso lento, como sin querer irse de nuestros ojos, se encamina hacia el mismo lugar en el que comenzó su grandiosa travesía, dejando atrás una Plaza empapada de gloria que al unísono vuelve sus miradas hacia la Madre, dejando en el aire el más encendido repertorio de piropos para su Reina Morena.

*Amargura, Virgen mía,
luz que al Sol oscurece,
Amargura, flor del cielo
que bajo palio se mece,
Amargura, Reina morena
que nos cubre con su manto.
Amargura, dulce consuelo
de Brenes el Jueves Santo,
Amargura, no te igualan
la azucena ni la rosa,
Amargura, Madre nuestra
y del Gran Poder, Madre hermosa,
Amargura, de gloria plena
por tu pueblo proclamada
y algún día, ¡quién lo viera!
Amargura Coronada.*



Viernes Santo

Las puertas de la Iglesia se cierran tras habernos permitido acompañar a Jesús hasta los pies mismos del Gólgota y dejar a María desecha en llanto contemplando amargamente los últimos momentos de la Pasión.

Y al cerrarse, el sonido seco del cerrojo, que horas antes nos entrecortó los pulsos, convocándonos a seguir los pasos de Jesús vivo por nuestras calles, tiene ahora un sonido amenazante y lúgubre, porque semeja el golpe deicida de un martillo sobre tres clavos que desgarran la carne del Hijo de Dios, atravesando el Madero empapados en su sangre redentora, a la par que se clavan hasta el fondo mismo de nuestras almas. La madrugada se estremece con un lamento de luna que se resiste a marcharse, y las calles, en silencio, restañan sus heridas de cera sin poder conciliar el sueño, porque en la brisa se esconde un repelucio de muerte, mientras un rocío emocionado besa el suelo que pisó Jesús, impregnándolo con su testamento de Amor, otorgado en el Árbol de la Cruz y firmado con Siete Palabras. Es Viernes Santo. Y Brenes abre los ojos a una amanecida que nos saluda con un nuevo escalofrío. Un escalofrío que no se desvanecerá ni con la cálida caricia de un temprano sol de primavera recortándose entre el gris de las nubes que han ido poblando nuestro cielo, porque ese escalofrío no está en nuestra piel, sino en los adentros más íntimos de nuestro sentimiento y de la fe centenaria de un pueblo reunido en oración a los pies de la Cruz. La mañana se puebla de nerviosas capas blancas al viento que recorren nuestras calles con la ilusión de la juventud engarzada en el brillo de sus miradas. Y en el Templo, una marea de devoción, una pleamar de fe, viene a postrarse a tus plantas y a rendir todos y cada uno de sus sentidos ante tu imagen, Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y Caridad. La luz de la mañana se recrea en el dorado de tu canastilla robándole destellos de amor que buscan afanosamente nuestros ojos, porque reflejada en ellos pueden besar una y mil veces tu imagen, grabada a fuego a fuerza de tanto mirarte, Señor. No existe el tiempo cuando nos perdemos en



el profundo abismo de tus ojos sin luz, y permanecemos mudos ante ti, embebidos en la paz que refleja tu cara y en los ríos de perdón que manan de tus llagas. Solo nos rescatará de nuestro ensueño un suave suspiro que cruza el aire ante nosotros, procedente de un corazón traspasado de dolor que gime quedamente su enorme desconsuelo, y volviendo la mirada hacia tu Madre besaremos con una oración cada una de las cinco eternas lágrimas por las que se van derramando sus Dolores. Y así, yendo y viniendo constantemente del infinito dolor de tu madre a tu serena muerte, de tu corona de espinas a la que posa en su cabeza atributos de Reina, de su pecho atravesado por siete puñales al tuyo, en el que Longinos dejó su afilada rúbrica, daremos fin a una mañana en la que el sentimiento transita entre la profunda alegría de poder vivir de nuevo ese momento y la pesadumbre que sobrecoge nuestros corazones ante la desgarradora muerte del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y Caridad y la inmensa pena que refleja el rostro de María Santísima de los Dolores en su Soledad.

La tarde cubre Brenes con un manto de duelo porque Jesús ha expirado su último aliento en la Cruz y es tal la emoción que se apodera de tu pueblo, que ni siquiera el cielo podrá evitar dejar caer algunas lágrimas. La espera de un año se apodera de nuestro pulso y de nuestra respiración, y el tiempo se nos vuelve paradoja, porque queremos que pase rápido para poder verte de nuevo Señor, y sin embargo, queremos detenerlo en el justo momento en el que pases ante nosotros.

Y por fin, cuando tu imagen, Cristo de la Vera-Cruz, aparece solemne ante tu pueblo, bendiciendo con su sola presencia la luz penetrante y trémula de una tarde de Viernes Santo que apasionadamente abraza tu cuerpo inerte, un torrente de sensaciones recorre de punta a punta una Plaza con la piel erizada y repleta de corazones latiendo en redoble acompasado una devoción que a borbotones rebosa en cada lágrima derramada ante ti, mientras un tropel de enfervorecidos vivos te elevan hacia el cielo y una legión de conmovidas miradas



cruzan el aire para besar con todo su amor y toda su fe cada una de las espinas que zahieren tu frente, cada golpe que deja en tu piel su beso de martirio, cada latigazo que te cruza la espalda, cada gota de ese manantial divino que brota de los feroces labios que en tu costado dibujó una infame lanzada, cada uno de los clavos que te desgarran la carne clavándote en una Cruz que es a la vez signo de tu Pasión y de tu victoria. Al pasar junto a nosotros, Señor, tu muerte nos hiere como si de un estilete feroz se tratara, atravesándonos las entrañas hasta hundirse en nuestro corazón arrepentido. Dificilmente podremos articular palabra mientras la imposible serenidad de tu rostro nos llena de esperanza en la salvación por tu Palabra. Solo alcanzaremos a trazar torpemente en nuestro pecho la señal de la Cruz y posar sobre el frondoso lecho de lirios un suspiro con oficio de padrenuestro con el que habremos rendido a tus pies alma y corazón.

*La tarde del Viernes Santo,
tradición y requisito,
el cielo de Brenes tiene
sobre su azul infinito
una poesía de nubes
con tu nombre, Señor, escrito,
y muere el sol por poniente
con un suave contraluz
que recorta tu figura
y deja a los pies de la Cruz
un reflejo enamorado
y un tibio beso de Luz.
Tiene Brenes para ti
de lirios hecho un Calvario
y con sábanas de incienso
un perfumado sudario*



*para abrazarse a tu cuerpo,
de nuestra fe santuario.
Una caricia de costales
tan suavemente te mece
y es tu muerte tan serena
que hasta tu sombra estremece
y solo con verte mi pena
en tu amor se desvanece,
porque tu sola presencia
es muerte llena de vida
y del amor pura esencia
lo que manan tus heridas.
Tu eres varón de Dolores,
tu eres lirio de humildad,
tu eres el faro que guía
a la errante humanidad,
tu eres promesa en la Cruz
de vida y de eternidad,
tu eres el rayo que aleja
tinieblas y oscuridad,
tu eres suspiro en el viento
esparciendo tu bondad,
tu eres lágrima que llora
María en su Soledad,
tu eres el costado abierto
del que brota la piedad,
tu eres la Palabra y el Camino,
tu eres la Luz y la Verdad,
tu, Santísimo Cristo
De la Vera-Cruz y Caridad.*





Despacito, Señor, con el mismo paso corto y suave con el que tus hermanos costaleros te llevan por nuestras calles, la tarde del Viernes Santo se va despidiendo dulcemente de tu divina figura a lo largo de una Calle Real que se estremece con el sordo, pero vibrante resonar de las zapatillas sobre el adoquinado, en el que un río de cera va dejando su verde llanto como ofrenda de luz que te precede marcando la gloriosa senda por la que tu dulce muerte va sembrando la Paz y el Amor por tus hijos, mientras el redoble marcial de los tambores y la armoniosa caricia de los metales parecen ir repitiendo tus palabras: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

Y una madrugada transida de emoción se llena de ti, Señor. En tu rostro, en el que ya falta la vida, se aprecia la paz de quien ha dado cuanto podía dar y lo ha hecho por amor, se aprecia la paz de quien sabe que con su sacrificio nos abre las puertas de la esperanza en una vida nueva y eterna, se aprecia la paz de quien ha hecho de su muerte la mejor de las victorias, se aprecia la paz de quien cada Viernes Santo cruza Brenes redimiendo a su paso nuestras culpas con el abrazo de amor de una muerte tan serena, que hasta la brisa de la madrugada, hecha verónica de amor, apenas insinúa una leve caricia en tu cara, temerosa de que el frío de sus manos puedan molestarte en tu descanso. Y al verte pasar, Señor, un trozo de nuestras vidas se va detrás de ti, y toda nuestra fe se queda contigo, prendida, como tu, en el árbol de la Cruz.

*El aire se vuelve quejío,
la noche rompe en llanto
y con temblor de escalofrío
se estremece el Viernes Santo
cuando en dorado canasto
por tres clavos traspasado
el Hijo de Dios expira
sobre un madero clavado.*



*No, que no va muerto
que tan sólo está dormido,
porque con dulce compás
los breneros lo han mecido.
Cada gota de su sangre
bendice el suelo que baña
brotando con nueva fuerza
la vida de sus entrañas,
y junto a la cruz florecen
rosas rojas de Pasión,
germinadas en su amor
y regadas con su perdón.
No es el cristo de la muerte
es el cristo de la vida
y es vida lo que pregonan
sus llagas y sus heridas.
Brenes llora sin consuelo
y a tu lado va rezando
y tu que te has muerto a chorros
así nos vas perdonando.
La luna viste de luto
y el Cielo queda sin luz
cuando va muerto por Brenes
el Cristo de la Vera-Cruz.*



Y con la herida de la Cruz todavía sangrándonos en el alma, vendrá a herirnos de amor al llanto inconsolable de María Santísima de los Dolores en su Soledad, apoderándose por entero de nuestros sentidos y marcando el latido de nuestros corazones con el suave y acompasado cimbreo de los varales, que sustentan sobre ella un bello y majestuoso palio con el que sus hijos han querido aliviar el inmenso dolor de su Reina, en prueba de amor filial y devoción infinita hacia una Virgen que lleva dibujada en la cara el duelo y la pena que se apodera de Brenes cada Viernes Santo.

La Virgen de los Dolores, como una azucena hermosa a la que han separado del tallo, lleva roto el corazón, atravesado por siete puñales, que se le han ido clavando desde aquél día de la profecía de Simeón hasta la madrugada del Viernes Santo, cuando María sufre el mayor dolor que una madre sentir pueda, pues el que nació de su virginal vientre para ser Luz del mundo yace clavado en la Cruz, mientras ella, a sus pies, desgrana el desconsuelo de su pecho en perlas que ruedan por los cinco ríos de pasión que cruzan sus mejillas.

Pero ¡qué valiente te ha hecho el amor, Virgen de los Dolores! ¡con qué dignidad afrontas el destino de tu Hijo, que es el tuyo mismo!, ¡con qué entereza permaneces a los pies del monte Calvario!, ¡y qué bien sabes tu lo que es el llanto en silencio, estar rodeada de una multitud enfervorecida, y sin embargo sola, porque nada ni nadie puede apartar de las entretelas de tu pensamiento el amargo camino de pasión que ha llevado a tu hijo a entregar hasta la última gota de su sangre por amor!, ¡qué grande es tu aflicción!, ¡y qué bien sabes tu lo que es el sufrimiento de una madre, el desvelo de una madre, la pasión de una madre, el amor infinito de una madre! Por eso, a pesar de tu desolación, siempre tienes las manos tendidas para recoger en ellas el dolor de tus hijos, sin importarte el tuyo propio, y Brenes, rendido a tus pies, te acompaña para recibir tu bendición y aliviar el dolor de tu corazón y la soledad de tu alma.



*Entre varales de pena
y con manto de desconsuelo
bajo palio va una Virgen
llenando Brenes de duelo.
En el dolor de su mirada
un pueblo entero va preso
siguiéndola en su camino
sembrando altares de besos
y una centuria de piropos
va escoltando su hermosura
mientras la redonda luna
se baña en sus lágrimas puras.
La azucena tiene envidia
del color que hay en su cara,
que no la hay de más pureza
ni de belleza más clara,
y se queda la madrugada
en el negro de su manto
durmiendo sueño de estrellas
de un cielo de Viernes Santo.
Que no le falten saetas
colgadas de los balcones,
que no le falten plegarias
brotando en los corazones,
que no le falten piropos
que resalten sus encantos,
que no le falten pañuelos
para empaparse en su llanto,
que no le falte el incienso
ni el aroma de las flores,
que viene llorando a mares
la Virgen de los Dolores.*





Cuando mecida con el mayor mimo, como si la llevara en volandas una cuadrilla de ángeles del Cielo, la perfecta arquitectura del palio de la Virgen de los Dolores se asoma a nuestras calles protegiendo la belleza de una Madre dolorosa, hasta el corazón más duro llorará cuando arrecie el llanto de la Virgen ante la visión de su Hijo muerto, y caerá derrotado ante la serenidad de su rostro y la ternura de su mirada, que a pesar de su terrible sufrimiento, va destilando una paz que nos sobrecoge, porque toda Ella es paz, toda Ella es amor, y en ese pañuelo que prendido en su mano se mece al viento, caben todos los sufrimientos y todas las penas de su pueblo, que no permitirá que sufra sus Dolores en Soledad, si no que caminará junto a ella tejiendo una alfombra de fe y devoción para consolar su llanto.

*No llores más, Señora,
que así que pasen tres días
en tu pecho los Dolores
se tornarán alegrías,
pues vencedor de la muerte
lleno de Gloria y resucitado
retornará para verte
de nuevo tu hijo amado
y verás cómo en tu pecho
esos siete puñales
ante su imagen divina
se rompen como cristales.
No llores más, Señora,
no tengas más desconsuelo,
que Brenes entero te sigue
para consolar tu duelo,
y con puntadas de luna
y con bordados de anhelos
te ha regalado un palio
con su mejor trozo de cielo.*



*No llores más, Señora,
que en las cortes celestiales
los orfebres de la gloria
cincelan nobles metales
y con doce rayos de luna
te han hecho doce varales.*

*No llores más Señora,
que esta tierra mariana
eleva al cielo con orgullo
su tradición soleana
y te ofrece con sus besos
y su amor una peana.*

*No llores más, Señora,
que Brenes entero es cuadrilla
para aliviarte el dolor
que el pecho te acuchilla,
y en el corazón de tus hijos
tienes la mejor capilla.*

*No llores más, Señora
no tengas más quebranto,
que una brisa de suspiros
va empapándose en tu llanto
y para que Te consolaras
tu pueblo te dio el Viernes Santo.*

*No llores más Señora,
la más bella entre las flores,
porque Brenes deja a tu paso
un ramillete de amores
y se va muriendo por ti,
Virgen de los Dolores.*



Cuando el bello palio de la Virgen de los Dolores se despide de su pueblo con un emocionado llanto de clarines y se cierran tras ella las puertas del Templo, se cierra también una Semana Santa que nos habrá extasiado los sentidos y nos habrá colmado de la gracia de Dios y del amor de su Santísima Madre. Pero a la que todavía le quedará una madrugada por deshojar, la del sábado, en la que celebraremos gozosos el misterio pascual de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, su victoria sobre la muerte, baluarte de nuestra fe y sin la cual, todo lo demás no tendría sentido.



Dedicatoria

Y llegados a este punto, ya cercano el final, con vuestra venia, el pregonero quiere tomarse la licencia de dedicar este pregón al patrimonio más valioso que ninguna persona pueda tener en la vida terrenal: sus raíces y su familia, sin las primeras, ningún hombre ni ninguna mujer sería quien es, y sin la segunda, de nada valdría que lo fuera. Por ello, cada una de las líneas y versos que humildemente os he ofrecido en esta mañana de primavera, quisiera que fueran también un rendido homenaje a las personas que de algún modo, en presencia o en esencia, me han acompañado y apoyado en este momento tan feliz para mi.

A mis dos abuelas, que ya gozan de la presencia de Dios nuestro Señor.

A mis dos abuelos, a los que no conocí. Uno porque se lo llevó la enfermedad cuando no alcanzaba los años que hoy tengo yo. Otro, cuyo nombre comparto orgulloso con mi padre, porque le segaron de cuajo la vida en la tapia de un cementerio fruto de la sinrazón del año 36.

A mis padres y hermanos, sabed que aunque no os tenga cerca, os llevo muy dentro de mi corazón.

A mi familia política, de cuyas fuentes, repletas de sentir cofrade, ha bebido este pregonero.

Y finalmente, a las dos personas más importantes de mi vida. A mi mujer, que es el pilar sobre el que se asienta mi casa. De los dos, tu eres la primera en la fe, de los dos, tu eres la fuerte, si tu sonríes, hay luz en mi corazón, y si tu caes, yo caigo contigo. Nuestro Señor del Gran Poder, que algo sabe de cruces, reparte las más pesadas a aquéllos que pueden con ellas, y tu, Mari Loli, siempre has sido ejemplo de fortaleza ante la adversidad. Ante este mismo altar sellamos nuestra alianza, para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, y ante Nuestro Señor del Gran Poder y ante el pueblo cofrade de Brenes renuevo hoy mis votos, pues en esta vida sólo aspiro a ser tu cirineo enamorado.



Y a mi querida hija Cristina, luz de mis ojos, alegría de mi corazón, y primavera de mi casa. Nacistes grampodecista y creces como una linda rosa para tu Virgen de la Amargura, a la que siempre rezas y de la que no te cansas de decir que todas las Vírgenes son guapas, pero ninguna como tu Amargura. Así de grande es tu corazón y tu sentimiento. Querida hija, sean los últimos versos de mi pregón en honor a tu devoción por María Santísima de la Amargura con el ruego de que siempre tienda su manto para protegerte.

*Se preguntaba el pregonero
¿dónde está el mejor pregón,
en una plegaria "sentía"
que nace del corazón,
en los versos de Murube,
en las rimas de Buzón?
Mirando un papel en blanco
andaba nervioso el pregonero
entre vigiliás de luna
y duermevelas de luceros,
cuántas miradas al cielo
sin poder escribir nada
cuántas noches de desvelo,
qué largas las madrugadas
persiguiendo una rima,
y la rima nunca llegaba.
Se preguntaba el pregonero
¿dónde está el mejor pregón?
y mirándote a los ojos
encontró la solución,*



*y por fin lo comprendió,
¡qué cerquita la tenía,
cuántas veces la miró,
pero ciego no la veía!
Ni en una plegaria "sentía"
que nace del corazón,
ni en las versos de Murube
ni en los rimas de Buzón,
en tu cara, Amargura mía,
ahí está el mejor Pregón.*

He dicho.



Agradecimientos

Este pregón que ahora tienes entre las manos /y que espero que juzgues con benevolencia/, aunque fruto de muchas horas de soledad ante la fría pantalla de un ordenador, no habría sido posible sin la necesaria colaboración y paciencia de cuantas personas han aportado su granito de arena para que este pregonero dispusiera del tiempo y la presencia de ánimo suficientes para dar forma a una obra que estuviera a la altura del compromiso adquirido con mi Hermandad y con el pueblo cofrade de Brenes. Esa ha sido mi intención y mi preocupación en todo momento.

Gracias a mi esposa y a mi hija, por haber padecido pacientemente mis nervios y preocupaciones. Espero poder compensaros todo el tiempo que no he tenido para vosotras, y al que habéis renunciado generosamente.

Gracias a mi Junta de Gobierno, con su Hermano Mayor al frente, por la confianza depositada en mi y el apoyo mostrado en todo momento.

Gracias a mis amigos y cuantos os habéis interesado por este pregón, por vuestras palabras de ánimo y por los consejos recibidos.

Gracias a Manuel López Rodríguez, por cederme desinteresadamente algunas de las fotografías que ilustran este pregón.

Gracias a los que pacientemente me habeis acompañado en esta mañana que nunca podré olvidar.

Gracias a Dios, Nuestro Señor, por haberme permitido disfrutar de esta experiencia y haber guiado mi mano e iluminado mi pensamiento con las palabras que humildemente os he ofrecido.

Nuestra Semana Santa nos espera. Vayamos a su encuentro.

Las últimas palabras de este pregón fueron escritas siendo la 1 y 51 minutos de la madrugada del jueves 21 de febrero, cuando faltaban cuatro semanas para que, Dios mediante, a esa misma hora Nuestro Señor del Gran Poder arriara su paso al final de la Calle de las Tabernas, tras habernos dejado el alma empapada de Gloria.

